

LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA

DIARIO POLÍTICO Y DE NOTICIAS

ECO IMPARCIAL DE LA OPINIÓN Y DE LA PRENSA.

NÚMERO EXTRAORDINARIO.

NÚMERO 5º

Madrid Abril de 1894.

OFICINAS FACTOR - 7.



CROMOTINTA - E. PORTABELLA Y CO.

CARAGODA

FERIA DE SEVILLA.



8 DE ABRIL

APUNTES DE VIAJE

...He llegado a Sevilla, la ciudad dosificada de Murillo, soñó las Virgenes, pintó los Santos Zurbarán y talló los Cristos Montañeses.

No sé qué me parece Sevilla en su conjunto; pero Sevilla a pedazos, sí. Y contra numismáticos, anticuarios y arqueólogos, digo resuelto, que sobre el morisco y el gótico y el romano, y sobre todo, lo mejor de Sevilla son las sevillanas.—Tienen la cara oval, llevan el pelo caido hasta las sienes, apareciendo la frente ligeramente abultada, las facciones son delicadas, las líneas parisinas, los labios delgados, la boca ni pequeña ni grande, menudo el pie, la mirada compasiva, el color ligeramente sonrojado y ligeramente pálido, las manos aristocráticas de la aristocracia de la belleza, dulcísimo el reír, el tallo esbelto y el abdomen y el aire inconfundible. Una de ellas, con las manos cruzadas sobre el pecho, la cabeza mirando al cielo, la red de sus trenzas rotante y espaciosa, los pies divinos apenas sobre la tierra, todo el cuerpo inclinado y erguido para ascender y toda el alma subiendo por aquellos ojos para llegar a Dios; una de ellas rodeada de ángeles, bañada por la luz más pura y ondulante en los colores del cielo, azules y blancos, la soñó el genio, y allí la tomó en el Museo... (una *Concepción* de Murillo)...

El palacio de San Telmo impone el doble respeto que se debe a los príncipes y que se debe a los muertos.

Diciero el Alcázar, monumento del arte árabe el más acicalado y compuesto, semeja aquella mansión que el musulmán fanático adoró en los delirios de su fantasía, gabinete del Edén, estufa del Paraíso, principio y fin de la vida eterna, premio de su fe y corona de su martirio. Palpitante de poesía, perfumado por los recuerdos, de allí partieron las secretas galerías del rey D. Pedro, y allí beberon sus cortesanos en incesita de galantería extrema la agua del baño de D. María de Padilla.

Doblante de la fábrica de Tabacos perdió en Sevilla la primera batalla el cantonismo. La ganó el general Faria, y dijo Salmerón al recibir la noticia: «Aun tenemos ejército». Apunto el hecho y paso adelante...

La Torre del Oro se levanta en el paseo de las Delicias como atalaya del viento, como capitana del puerto, con balcones de piso saliente y hierro labrado, profusión artística y composición menguada en el hueco que formaron calados ajimeces del árabe puro, donde dormían los rayos de la luna, compañeros de D. Juan de Castro y D. María Coronel.

De Triana, ¿qué decir que no sepás? Del *Compás* habla Cervantes; de la Macarena, las coplas del Guadalquivir... hablan en Cádiz.—Porque este río para ser andaluz en todo, hasta le hace la competencia al mar.

Todas las casas de Sevilla tienen patio, y en uno de ellos pasamos la tarde. Patio es la parte céntrica del solar cerrada por las paredes interiores del edificio, sin más techo que el cielo y los cristales, y en las noches de verano, el cielo; lo que se llama *terrazo* bajo en algunas provincias del Este, y en otras luna, y en otras, como Sevilla

y Madrid, patio. Y esta especie de habitación desmantelada y sucia en todas partes, en Sevilla es la sala principal; y allí las familias se reúnen al comenzar la noche, y empiezan los amores, y se cambian las amistades.—Debo a la amabilidad de una familia conocida haber gozado de estas amenasimas tertulias y he de pagar el favor con un recuerdo.

Figurase un portal con azulejos, limpio como el oro y brillante como el cristal. Más allá la calle, la reja, y separado por la reja el patio. En medio e levanta un surtidor con una pila oculta por macetas de plátanos y limoneros. El agua sube a dos metros de altura y sale del pico de un pájaro, a quien aprietan el cuello dos angelitos de mármol. En las paredes,

lisas y blancas, rinconeras de flores y cuadros de paisaje, entre los que recuerdo una copia de Watteau, y un precioso original de Félix. Cinco mecheros de gas con bomba y campanilla encienden una luz igual y suave. Y en amplios desordenes sobre el piso de las losas lisas, sillones de rejillas, asientos de jardín, un velador con piezas de ajedrez y otro con dulces, el mueble de la costura cerrado, el piano de Steinard abierto, dos jarras con dos canarios, un sofá a la oriental y cuatro tiestos de alabastro. Ni se ocha de menos la estampa de la Soledad, porque está allí, ni el retrato del alegre, ni el grupo de los colegiales, ni el Descendimiento de la Cruz en precioso relieve de marmol, ni los retratos de dos criaturas de quince años en Andalucía y veinte en el Pirineo, graciosamente ataviadas y espléndidamente hermosas...

Acabado la tertulia, y al retirarme observé en la puerta de la fonda un corro de gente. Eran de la tripulación de un barco mercante. Me resolví a escuchar la conversación, y oí lo siguiente:

—Yo querría ser el primer cargador—decía uno.

—Yo el primer encuistro—decía otro.

—Yo el primer hombre que dó la vuelta al mundo.

Y al cuarto, que callaba, le preguntaron:

—Y tú?

—Er prim contribuyente.

Sobré a mi cuarto, abrí el balcón para que entrase el aire, corrí el mosquitero, me acosté, puse la ronda, y oí el siguiente cantar:

Anda diciendo tu madre,
yo no sé qué dí de mi humor,
¡como si tú fueras hija
del señor gobernador!

Al día siguiente, y como un forastero hace las ansiadas tan pronto como las deshace, conozca a un patrero que tiene espuma, ama, alfiler, cuatro muchachos y platería, y concertánsela una expedición a Puerto Real. Si hubiera ido por mí bien con todos los que ayer no me conocían y ahora me convidian a quanto hay que convidar en el mundo, iría a siete *Juegos*, tonaría los novillos y derribaría las vacas de no sé cuántas ganaderías, me traería a Madrid la mitad del vino de la tierra, partíramos la Cumbre en Sanlúcar con la manzanilla y la compaña, bajaríamos por el río hasta el mar, y me llevaría todo lo que quisiera, o me quedaría aquí para siempre, sino tuviera otra tierra más mía.

Quién pienso en el calor de este clima, templado con la frescura del trato sevillano! He visto toda las caras, he observado a todas las gentes, y no he sentido una sola vez ni una sola de aquellas antipatías espontáneas que se despiertan al mirar el ceño, el alemán o el traje de una persona cualquiera. Me parecía que todos eran conocidos.

Mañana temprano cruzaré las huertas de Utrera y Dos Hermanas, dejaré en el Real a los plateros y entrare en Cádiz.

¿Qué perspectiva para un español de tierra adentro! Ver el mar, saltar a un bote, subir a un vapor, cruzar el Estrecho, ir al norte por dátiles, volver a Tarifa y enfermar de estomacismo, cruzar por Vejer y por Carmona, lugar a Córdoba, retroceder a Málaga! ¡Qué horizontes para un aragonés de la montaña que no ha visto más buques que la barca del Cinca!

Y eso es vivir... ¡Correr sin dirección,

andar sin camino, discurrir sin asunto, calcular sin fórmula, soñar, siempre soñar!

C. SOLSONA.

Sevilla 15...

LA FERIA DE SEVILLA

En cuanto las campanas de la Giralda tocan a gloria, ya no se piensa en la hermosa ciudad del Guadalquivir en otra cosa que en la feria.

Se celebra en medio de los esplendores de la primavera y es la fiesta de la alegría, exuberante de luz, rica de colores, y en la que se unen a los aromas que embriagan las canciones que embalsan, para formar un conjunto único en el mundo y para el que se necesitan elementos de que solo puede disponer esa capital encantadora, con recuerdos árabes y grandezas cristianas, que en una de las galas de que más ufana posee de mostrarse España.

Sevilla entera se sale de la ciudad para tomar parte en la fiesta, y el hogar instalado en el patio morisco, se traslada por unos días a las casetas de la feria, que son camarines donde se alberga la gracia, brilla la hermosura, domina el baile y se cantan las más dulcissimas canciones que acompaña la guitarra.

En el sitio de las transacciones se muestra la gallardía del ganado andaluz, desborda el graciejo de la tierra, chalana el gitano, compra o vende el labrador y se realiza el negocio; pero todo esto no es más que un pretexto para una fiesta que no tiene rival en el mundo, y que es famosa en el orbe.

El que no ha visto el campo de San Bernardo por la mañana en tiempo de feria, la calle de las Sierpes al anochecer, y no ha comido los buñuelos que ofrecen las gitanas, ni ha visto bailar las sevillanas a señoritas finas en una de aquellas casetas, formada con mesas, espejos y flores, no sabe lo que es bueno, ni tiene idea de lo que es la gracia de Dios en el mundo.

Todos se pueden ver en donde haya plaza para que saigan y diestros para lidarlos; pero con el carácter que tienen en aquella plaza de la maestranza no se dan corridas en ninguna parte.

Los bailes de los circuitos sevillanos son especialísimos, y lo mismo el público que asiste a sus teatros. Habrá en otras partes más riqueza, más juicio; pero no más hermosura, más gracia, ni más flores.

Mucho vale una joya prendida en el rubio caballo de una mujer pálida; pero no le quita su mérito al clavel que gallardea entre las oadas negras de las sevillanas; suavísimas son las perlas que forman espléndidos collares, pero no dejará de tener gusto el que prefiere el ramito de jazmines prendido en un pecho que no es de roca cuando lo hablan de amor.

«Feria del mundo» han llamado los yankees a su Exposición de Chicago. Vayan con Dios y buena pro les hagan sus grandesza; que nosotros tenemos en Sevilla la feria de la gracia, que vale más que todo eso que se ha reunido en los Estados Unidos.

Y si no vale más, porque no hay que exagerar, a nosotros nos agrada porque es algo especial, característico y propio de aquella tierra, que no en vano se llama de María Santísima, y en la cual se inspiró para pintar sus glorias Mariano y para cantar en armónicos versos Rioja.

Zorrilla lo ha dicho: a la que nace en Sevilla se la conoce en la gracia divina de su enviable faz; y el ilustre autor del *Don Juan Tenorio* sabía mucho de estas cosas.

Pero así como la sevillana se distingue entre todas las mujeres, la feria de Sevilla sobresale entre todas las ferias con un carácter propio y exclusivo que le dan aquel cielo azul, aquel suelo esmaltado de flores, aquella profusión de colores y de aromas que se suben a la cabeza como el vino, y que alegran el corazón con transportes de dicha.

A otras ferias se puede ir a hacer negocio; pero a la de Sevilla, aunque no faltará quien lo haga, se debe ir principalmente a respirar alegría y a desechar penas, para gozar de esos breves momentos que son paréntesis de la vida en este valle de lagrimas.

Y el que no se cure de melancolías en abril, en Sevilla y en tiempo de feria, que se retire del mundo, porque de seguro no tiene remedio, aunque le den todos los tesoros de la tierra.

KASABAL.

GITANERÍAS

(RECUERDO DE LA FERIA DE SEVILLA)

LOS BUNUCLOS

Ven señ, fermoso, por tu salón,
entra en esta casa, cerca una librería,
verás como a gloria salen mis guindos
que nadie los come mejor ni os crezco,
porque, si juntas, es ca uno lo que ro-
ro dentro de prata, por fuera de oro.

Ven, por los charraos andas de tu villa,
y no me hagas dengües, que con nos se cada.
Vamos, more guena, no seas patoso,
también los más de paracandos,
anda, y no te pongas tan esmerado,
que países un poco secando aburro...
Así, que ladron de tu oya se quedó
en un chiquero lo torta y se da holida...
No te enlaces velo..., ando yo te envío
y que la Malena te ayude y te guíe...
Adio, saleros, mandale tus flores...
Ujalo, Milagros, siura que es un flor
que se salido a flor y se estaba escondo
en Tapecito, de donde ha salido,
y agua enviazo tema que lo filos,
y Geso jindama de que lo atañen.

Oigiste, señora, no revienta prisas:
vayase despacio, que aranca la mila...
Brisa de mayo, cojera resalao,
ser cos pimpayo que revienta al sol,
entrar en mi chesa, que pa esa estó alberca,
y no hay chiquero dentro ni hay pose en la pueria,
lo que hay, son guindos en la chesa mia
mijo que los duros de confitura,
que a lo er roundo guindos que a nata hacen dalia,
y que los guindos se estan en el año...
(Ay) más que alegría son puesto las niñas.
Entrate con eyas pa que no haya risas
y encuentren las paces un par de marcos,
porque ahora los boquerones andan sin perdida...
También se inciona! (Ay) vija, María!
Vaya, que nublos que amanece en mi casa...
Así, que en paresnes se viva a la feria!...
Ha visto este asno pa yo vaya a la feria...
No me de este asno, que a mí no me apaga,
y por este poncho mío de la garrucha...
(Ay) También se arturas esos angelitos
y ni tienen fuerza siguija pa gritar...
Carguete con eyas, no dejen que cheyen
y ecclésicas pinches, no se lo aplique,
que cosa criaturas están ejandadas
y no tienen credencia pa cuatro días...
El Milagros, toca la marcha real
que va de paso su artista imperial
con cosa infantas de cuero garbón,
que están estudiando pa regalar o poso.

LA VENTA DEL BORRICO

—Hasta, merqui tota ce borrico
y no toca guasa ya,
que en solo er credo, torrándole
no contumirato, tre animal
más completo, más sentido,
más sano y más guapo y más...
Esto es una fligresa
que... piamos no tiene igual.
Censo que lo han hecho a toro
y medio con compa...
pa que salera perfumito...
y an respote a la edad,
esto es una criatura
más menor a más más...
que cosa romántico en el chico...
¡Homo, qué barbaria!
Pues esa faria la incusa,
la tiene en su memoria mortal,
porque querido a pa poso
se ven en la estancia
y no los desprecia nadie...
y alivian, vienen y van...
¡Qué cojiza una rajita!
¡Lo visto! a poso a bolo!
¡Qué se le ha calo er pelo
hasta la parte de atrás!
Pues feo por estos de dueños
que ar probe lo bien para
una bocarra de lulos...
¡Piamos, cosa natural!
Pero... quando mas farta,
que dimoso de te, sonca,
y digno si hay borrico
mas perfumito y mas cabal.
Censo que esto, en lucha recta,
por la consanguinidad,
escienda de la memisina
bulla de dos bulaos.
¡Qué si habla también! ¡Por chichetos!
¡Qué diga arguza consta!
¡Esto es la difteria,
porque está bien edeno,
y aunque en casa habla la mar,
siempre que hay elate gente,
le da mucha correda!

FELIPE PÉREZ Y GONZÁLEZ.

A SEVILLA

Al pasar en ti, mi pasar
me abruma, que raya en duelo:
el no haber visto tu cielo
y tus bosques de azahar.

Siempre me soñado el infierno
de no ver lo deseado...
Así, dir, dir en que ha llegado,
ha visto a todo el goberno.

JOSÉ CARREÑO.

MODERNISMOS

LAS FUMADORAS

Y en un cigarrillo,
palpitante fino,
esta mujer elegante,
vive por do,
(Rustica de Casanova.)

Al hablar (nace años) el conde Vasili de la mujer española, singularmente de la madrileña, se atrevió a decir que es una *Venus pacifica*, de tipo ordinario, que lleva los sombreros echados atrás, a lo *lapapeur*, y los peinados adelante, en guisa de promotorio, para defender mejor la interior de sus ojos.

Esto dicho así, en crudo, pareció una venganza mujeriej o una satisfacción por taba dada en desquite a alguna de esas

resistencias soldadas extranjeras que vienen a Madrid cargadas de trapos y... sellenos; a morirse de pena ante los copetos ojos.

Pero si bien se considera, no llega a tanto el atrovimiento de Vasili, puesto que en sus palabras hay para las españolas un favor y un desfavo. Es ordinaria, pero grama. ¿Qué le falta entonces para ser Venus impudica? Vasili lo indica por señas, para que no lo oigan sus compatriotas: «le falta un poco de escote en la curva magistral, y... una peteca de babosas».

«No es más que eso! Pues venga la prima para las ordinarias, que en lo de desnudo elegante y en lo de fumar tabacinas, dan quinto y tercio a los más renombrados modelos.

El marqués de Salamanca refería con gran frecuencia y con mucha gracia el cuento del andaluz que encendió un bote habano en un coche del ferrocarril, y al notar que una señora que iba enfrente tosía con estrépito, le dijo:

—Le incomoda a usted el humo, prendra?

—Si señor; no puedo resistirlo.

—Pues... ya se irá usted *jaciendo*.

El cuento de marras ha tenido, de poco tiempo a esta parte, una confirmación que rayó en lo inverosímil. Las damas y damiselas de *mirar dorrido* que dijo Herranz, se han ido *jaciendo* de tal manera al humo de los cigarros, que en la actualidad, sobre no molestarles el que sale por la boca y las narices de sus adoradores y cortetudos, se han decidido...

Pero no adelantemos los sucesos, ni demos la noticia toda de un trago.

siluetas vaplerosas de mujeres sonadas; bocas de perlas, labios de coral, mejillas sonrosadas, manos tan blancas como el marfil; traez ustedes los primeros rasgos, y la protagonista se encargará de borriarlos con una bocanada de humo corrosivo.

En los albores de la moda fumacérica las cocottes chaparon cigarrillos de papel, y ninguna dama las imitó; después se fueron atreviendo y fumaron puros cortos y entrecortados de Manila; después aceptaron las hojas de lechuga que prepara la industria alemana, y por último, se atrevieron con los tabacos de pura sangre criolla que elaboran en la Habana Valle y Gómez, y que exigen para fumarlos bocas blindadas de acero, estómagos de bronce y cabezas de grano.

Las beldades congregadas esa tarde en el *fumadero* reunían sin duda los tres requisitos, pues ni una sola dejó de apurar la colilla, a riesgo de *catalartarse* los dedos, ni se dió por mareada, ni se enjamo la boca, ni dejó de salivar con desparpajo a cada chupadita.

Horror! Corramos un velo sobre este cuadro a medio trazar, pero del que hay ya por Madrid bastantes escenas, y prepáremos para asistir a la emancipación turbulenta de la mujer por medio de la pipa de espuma ó de ambar, del cigarrillo de papel ó del sabroso italiano. Y la emancipación vendrá, no lo duden ustedes. Quizá la preceda un humo espeso y oscuro que oculto por un momento el rubor natural de las protagonistas, pero no por eso será menos completa y... desconsoladora.

Nota bene. Las chulas que hacen pitíos no fuman. Traslado a M. Vassili.

ENRIQUE SEPÚLVEDA.

1861.

LOS TORRIJOS

Es un conjunto de todo, y en el cual todo se mezcla que los domingos de octubre, según es costumbre añeja, se verá en Triana.

Para darlo vaya idea, ségalo que a la calle de Castilla, se encuentra el mundo más elegante y la gente más distinguida. Las gitanas y manolas, las cholas y cigarrazas, con sus mantones de espuma y luciendo la cabina vistosas cintas y flores, en carros, break y coches que con gasas y fuligas adoran y festonean, se apitan y van cantando al son de las panderoas.

Los jinetes de chambongo, calzón y corta chaqueta, montan emballos, que airozos y diestros carcajones, á la andaluz enjauzados, y la larga cola envuelta en cintas de color vivo, formando osada trenza. La aristocrática dama de elegante carretera, el simón, qué hermoso montón arrasta sus torpes ruedas; el vecino que transita, el vendedor que voces, los vagos, que allí son muchos, y van donde gente encuentran; todo este inmenso tropel,

junto á la orilla risueña del Río, con algarabía y en confusión pictórica, por la calle de Castilla abajo, marcha, se estrecha y se allí corriente humana que ondula, gira, turba, dando principio en el puente y terminando en las Ventas. Allí una canción se escucha, aquí una mano rasposa,

las cuerdas de una guitarra templando una malagueña. Allí batian y replican las alegres castañuelas. Allí entrecenan las canas, aquí brillan las botellitas, hay en las papillas fuego, calentura en las cabezas, alegría en los semblantes, regocijo por doquier, y sobre este mar revuelto, una atmósfera seca, un cielo sin una nube, un ambiente que delicia, y aquel sol de Andalucía que, espléndido, luce y quema.

CÁNDIDO RUIZ MARTÍNEZ.

(Del drama *Torrijos por pecadores*.)

EL GENTILHOMBRE

CUENTO

I

No hubo más remedio que rendirse a la deserción. El médico se lo tenía dicho a la familia; el barón acaba de cumplir los noventa años, la gota le mantiene suspirando la muerte sobre su cabeza; la menor emoción puede llevárselo... No la contrarien ustedes en

este capricho ora, sin embargo, de tan peligrosas consecuencias, que fué preciso que el viejo cortesano montara en colera para que sus desdichas acutaran sus órdenes. La vispera por la tarde lo visitó su grande amigo de toda la vida, el economista, y cuando el pa-

LA COGIDA DEL PACORRO



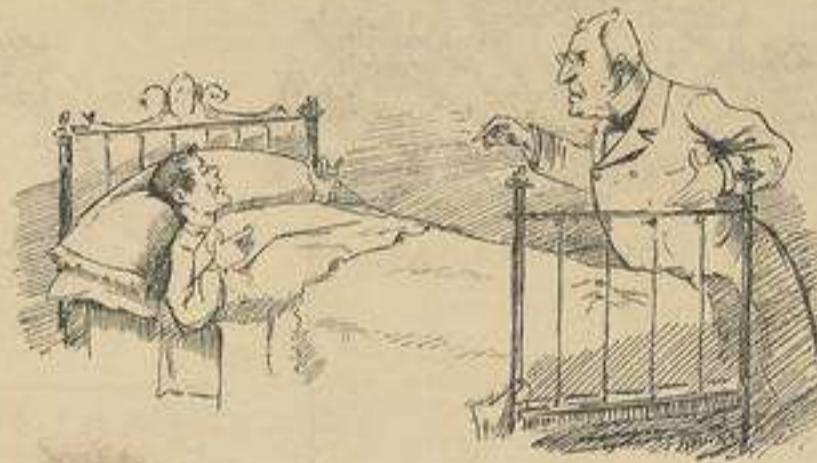
I

Suena el clarín; sale el toro terrible, amenazador. Los pliegos esperan á que á su jurisdicción vaya el bicho; pero nadie: el bicho dice que no, pues aguarda á que le echen para resarcir mejor. El público se impacienta, se oyen voces del *Fumadero*: *Vaya usté al toro cobardel*. Y *Pacorro* el picador, que es bruto, pero que tiene amor propio y coraje, se ofenda, tira el sombrero, se dirige á los del sol, dice: *Vaya usté por ustede!* Y más fiero que no lo de, va á los medios, cita al toro... y lo que luego pasó, comigo en la enfermería lo puede ver el lector.

II

—Vamos, pronto! (Desnudadela!) —Siento usté algo? —¡Quién, yo! —No señor. —¡Si tiene usté fracturado el asturón! —Puede! —Y rotas seis costillas! —¡Puede! No digo que no. —¡Le duele aquí! —No lo siento. —Y aquí, siente usté dolor? —Ninguno. —Y aquí? —Tampoco. —Hombre, por amor de Dios! ¡Ero no siente usté nada! —No he de sentir! (Si sienta) —Pues quédase ustede! —La grita que me han dado los del sol!

VITAL AZA.



dre se marchó, encontróse al anciano sus hijos enardecido y hablando solo, casi loco, desordenados los vendajes que le cubrían las piernas, y con las mantas y cobertores de abrigo caídos en el suelo.

Apenas vio á sus hijos, exclamó el cortesano con vehemencia:

—Es preciso que avisé al sastre, á ese que me compone la ropa. Mañana lo toca en turno á nuestra parroquia el administrar el Viatico á sus impedidos, y el padre Gabriel, con el que me ha confesado, acaba de comunicarme que me ha puesto en lista.

—Perfectamente —replicó su nieto, una dulce jovencita que lo servía de hermana de la Caridad—, pero... para qué avisar al sastre, absurdo!

—¿Qué para qué avisar al sastre? ¡Comé!... Y tú me preguntas eso!... ¡Va á venir Dios á esta casa, que es la de un antiguo gentilhombre, y va á venir en un coche de Palacio, y se te ocurrirá á ti, mi nieto, proponerte sermejante tontería! Cuantiquiera se lo expone.

El anciano ventaba una negativa, y por lo menos una ruda oposición, y no se atrevía á desear por entero su pensamiento. Hija y madre se miraron, y él, advirtiendo aquél choque de ojos, siguió con amargura y exasperación:

—Si, ya veo que estoy solo; ya veo que nadie piensa como yo... Y no se que seas más cristianos, no; es que lo sois á vuestra manera... Pues yo lo soy á la mia; yo soy un antiguo servidor de D. Fernando VII (q. D. g.)—y se llevó la mano al gorro,—y una vez que la majestad de los majestados me visita en una carroza real y entre alabarderos, no quiero que quede escrito en la historia que el barón del Encinar ha faltado á la etiqueta.

El enfermo se había bajado casi de la cama y manecilla furiosamente. Su nieto, que ejercía sobre el gran infuso, le obligó a acostarse de nuevo, mientras sus hijos, los padres de la muchacha, le arreglaban las almohadas. No quisieron tenderla, y se quedó recostado sobre un brazo.

—Vamos, papa—le dijo su hija—pareces un mito... Tú eres mi enfermo, llevas diez años sin salir de casa y uno y medio sin moverte de la cama... A tí te están dispensadas ciertas cosas y nadie extratará que recibas al Señor como te encuentras... Además, no consentirás al médico que te levantes.

El barón la oyó en silencio, con el silencio emanador del que oye profanar algo que él considera sacrilegio; la dejó concluir; consideró á todos con ojos severos, como haciendo responsables de antemano de una cosa común: envió a Diego á su hija en una mrida de profunda lástima, y sin dignarse replicarla, exclamó con frialdad:

—Que no lo repita la tercera vez! Dentro

de una hora ha de estar aquí el sastre, sin falta.

Y como si aquel impulso de energía hubiera agotado sus fuerzas, se dejó caer pesadamente sobre el lecho.

II

—Aleluya, que va á pasar Dios; aleluya! —Viene ya!—preguntaba el barón cada vez que oía este grito en la calle.

Había hecho que lo ascoltaran como en los buenas tiempos en que llevaba la colia del manto á su reina y señora doña María Cristina, y no le perdono al peluquero un solo bucle de sus cuatro pelos blancos.

Con aquel uniforme de un así desincedido y arcaico, y unos bordados mates por la edad, y con su rostro de nariz de loro, irremediablemente afeado, resultaba su retrato de Goya, los rodillas arrissadas cerca en figura del monaguero de particular; la chupa se la abrió, se un tijeretazo por la espalda; el cuchillo no se abocetó; alguna dificultad ofrecieron los calzones, que se ensancharon los polvos; pero lo que causaba espanto era el aspecto de las piernas, deformadas por la hinchazón, revolviendo, bajo la tirante media de seda, los estrujos de la gota, cuadradas, tumefactas, rigidas.

—¡Ifer! se va usté á poner los zapatos!—le dijo aterrado su hijo, que le ayudaba á vestirse con el mayordomo.

—Todo, todo—replicó impaciente el anciano, y sus pies, medio manecillas en fuerza de resina, entraron con exquisito cuidado en los zapatos de charol, con hebilla, quedando presionadas como dos cuñas. No exhaló un solo grito; pidió su banda y su bastón, y rechazando todo apoyo, se puso de pie, exclamando:

—Ya puede venir.

Como si esperara á que conciencia de vestirse, sonó en la calle el eco de una banda militar, tocando una marcha lenta. El gentilhombre se acercó á una vidriera, arrastrándose, y mire, de sus sandalias, enganadas con colgajos y coronadas de sombrillas, casi un agujero de alejandría, que se disputaba á cachetes un enjambre de chicos.

No era muy largo el cortejo. Cuatro grandes guardias civiles a caballo y un carro, abriendo paso; dos estandartes; la manga de la parroquia; la carroza regia, con un imponente tiro y sus lacayos de policía blanca, monumental, fastuosa, esplendida, conduciendo los sacerdotes portadores del cáliz; el palio, alfombrado de rosas, y el piquete de escolta con su música; todo suave, poético, dulce, visto a través de las hiladas de rosas que lloraban de los balcones, como

envuelto con un alegre ambiente de primavera.

La carroza regia se paró ante la casa del gentilhombre, sonó la marcha Real y el sacerdote, con el gótico copón cogido con ambas manos, seguido de otros dos sacerdotes y de un sacerdote, que alumbraba con un farol y tocaba la campanilla, subió la escalera del edificio y entró en el cuarto del barón. Su hijo, el mediodía y algún otro amigo, esperaban en el vestíbulo. Vistoso era como la palma de la mano y no tenía cara cosa que ahora la atravesara. La gente rezó algunos días por el alma del buen difunto; los jueces pesquilladores huérfanos por todas partes, sin poder dar con el asesino y a los tres años, nadie más que la viuda recordada del pobre caballero llevó su muerte en el mento.

Pero aquellas cavilaciones no dejaban sostener un punto á la mujer abandonada: ella seguía creyendo que tirado ó temprano, nació y resucitó, el honorísimo caballero habría de cumplir su palabra, declarando el nombre del misterioso asesino. Y tanto apretó la viuda con sus lacrimosas demandas, que el juez tuvo que doblegar ante los deseos de la desventurada bimbo y disponer el desenterramiento del difunto.

Se trataba, pues, de una confesión de ultratumba y como el caso era de gran monta, se el juez de Fuentepita requirió para que le acompañaran en aquella nunca vista diligencia á los jueces de Castilla: de Don Bartolomé y de Valdizanzone, y al guardián del convento de San Francisco y al arcipreste de Riello d. los Abdesules, los cuales escoltados por muchos soldados de alta y valerosas linas, estaban en el monasterio el día señalado para la ceremonia. También estaban allí la viuda y tres caballeros amigos de D. Rodrigo, que se llamaban Santiago de Castellorido, Diego Cruz y Grimaldo de Villabrá.

Cantóse en la iglesia solomne misa concejal para pedir al Espíritu Santo luz y aserto en aquel grandioso negocio y terminadas que fueron las últimas oraciones, encamináronse todos procesionalmente al claustro de las sepulturas, donde se encontraba la de D. Rodrigo Infante, muy bien sellada con una losa que está aquí.

Cuatro fornidos mozos, criados del difunto levantaron la piedra, debajo de la cual apareció casi intacto el ataúd de pino: el padre guardián, aspergiendo agua bendita, enató un grave *De profundis*, coroado por todos los religiosos que allí habían, y después el juez de Fuentepita abrió la capa mortuoria, apareciéndose ante los avidos ojos de los circunstantes el imponente esqueleto de D. Rodrigo, el cual esqueleto no tenía ya las manos cruzadas, con los dedos encajados unos en otros, segura se los habían puesto los asesinadores, sino que las tenían separadas y tendidas á lo largo de los muslos.

La viuda quiso echarse sobre aquellos restos inanimados para cubrirlos de besos y de lagrimas; pero el juez se lo impidió, y después de requerir al escribano para que se dispusiera a anotar la declaración del sacerdote, dijo:

—Yo no administré la comunión, y se fué con su sagrado depósito. Pero el esfuerzo había sido sobrehumano: la voluntad su doblego y la materia se impuso al fin. El pobre viudo intentó levantarse, no pudo, el dolor le sujetó como en un capo, le faltaron las piernas, se tambaleó, y no rodó ni se cayó, porque sus hijos le sujetaron en su costado.

—¡Le ves, papa, lo ves!—dijo el viudo mientras se lo llevaban a patazos á la cama, quitándole los zapatos á tiras con tijeras.

La gota, la gota, que torcía más allá que nunca, retorcidales las articulaciones con sus garfios bestiales. Pero no se oyó una queja, ni un ay; el suplicio, soportado con una calma heroica, grande y serena, se abrigó en su sonrisa, y aquél hombre, aquél espíritu fiel á sus bordados y sus bandas, emanados de un trozo, símbolo de todo un régimen, salió con una reverencia á algo invisible que vivía en la sombra, tal vez la muerte, y dijo con sublime sencillez:

—He cumplido con mi deber... Mi cargo me ordenaba recibir al Señor de gran uniforme, y así lo he recibido...

Y mientras él se despletaba al esbozo, las dos mujeres lloraban y el médico se asustó, alita en la calle clausa, desobilizado por garras, la banda del piquete tocando una marcha fúnebre, las campanillas de los sacerdotes, las voces de los chicos, la procesión del Viatico que se alejaba.

ALFONSO PÉREZ NIEVA.

CRUZ

CUENTO



G

anoso hacia sol, ibamos de paseo hasta la ermita de Nuestra Señora de Varas, en cuya puerta, sirviendo de asiento á caminantes y dorotás, había una enorme losa rectangular, serrada por dos profusas líneas en forma de grandísimo crucifijo.

Esta osa—dijo un día el registrador de la propiedad, hombre docto y grave, teólogo por Salamanca y jurisprudencia por Valladolid—estuvo antes en el convento de nuestro Padre San Francisco; pero las revueltas de los timpos la han traído al miserio estado en que la ven ustedes, sirviendo de banco á las personas y de pesebre á las caballerías. Y sin embargo, ella es testigo de la más famosa historia del mundo.

Todos los paseantes rogaban al notario que nos refiriese aquella historia, y él, que era muy compiácente caballero, nos dijo:

—Con mil amores. Uso has de saber ustedes que cierto dia al pasar por lo más espeso del monte un caballero llamado D. Rodrigo Infante, salido al encuentro su enemigo que subitamente lo atravesó con un estoque el pecho y le arrebató los dineros que llevaba. Cayó D. Rodrigo medio muerto; y su caballo, comprendiendo vertiginosamente, llegó al pueblo á modo de aviso o nraido que notificaba la pérdida del señor. Buscaron á este sus buenos servidores, y lograron topar con él allí en lo más escondido del robledal; levantaronlo del charco de sangre en que se revolvía ya casi muerto, y lo llevaron á su casa, en donde fue recibido por la mujer con las naturales muestras de dolor, al verlo en situación tan triste y apurada.

—¡Quítate de mi herida!—le preguntaba la buena esposa.

Y el pobre caballero, que apenas podía hablar, sólo decía:

—Dios...—creyendo sin duda que aquél accidente sería pasajero, y que más tarde podría declarar minuciosamente todos los pormenores del caso; porque no se advertía que, aunque el asesino llevaba tapado el rostro, D. Rodrigo Infante lo conocía perfectamente.

Pero aquellas esperanzas del moribundo fueron engañosas, como casi todas las ilusiones humanas; poco á poco las horas de hallearse tomó en envejecer. D. Rodrigo infante se acostó en su alcoba, llevándose la mano al alma á Dios, llevándose á su estómago el secreto de tan horribil asesinato.

Al principio el enfermo, por más que la mujer pedía que dejara en casa al muerto, seguía de que, aun desde el otro mundo, había D. Rodrigo de cumplir su horaada pietra revelando el nombre del malvado,



VISTA GENERAL DE SEVILLA DESDE TRIANA.

VINOS BAYO

RQUISIMOS VINOS de MESA.
Pidanse en todas partes.
MADRID.

HERPES

Las erupciones de la piel, las granulaciones e inflamación de las mucosas de la garganta, faringe y estómago, se curan radicalmente con el Antiberpético Buhinger.
El picor y las molestias desaparecen en pocos días.
Cada caja contiene 40 píldoras y se vende a dos pesetas en todas las farmacias.
Depositario en Madrid: Metehor García.

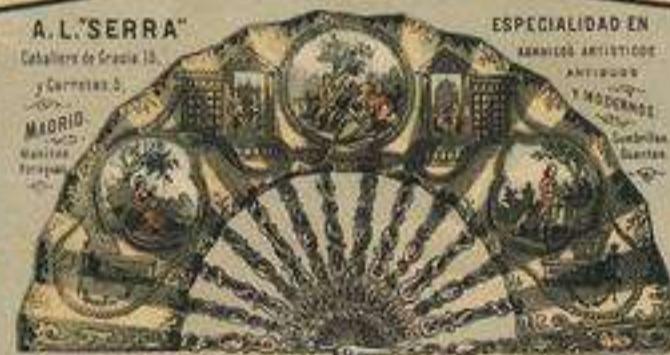
RUSSERPING

Ciertas enfermedades que por su carácter especial merecen el nombre de secretas, se curan pronta y rápidamente sin molestias, por muy antigüas y rebeldes que sean, y sin necesidad de usar inyecciones.
LAS PERLAS BALSAMICAS Russerpingle venden 5 pesetas en todas las Farmacias.
Depositario en España: MELCHOR GARCIA, CAPELLANES, 1. MADRID.

VINOS
DE LA
RIOJA
DEL
MARQUÉS DE RENEDO
Pedidos
a la casa
de Santa
Antonia
MADRID.

VENANCIO VAZQUEZ
GALLETTAS Y BIZCOCHOS

MADRID.



La GRESHAM

FONDAZIONE INGLESE DE
SEGUROS SOBRE LA VIDA
(The Gresham life assurance society, Ltd.)
Fundada en Londres en 1863
y autorizada legalmente en España con arreglo a las disposiciones del Código de Comercio vigente.

OFICINA PRINCIPAL: San Martín's House - LONGDRE.
DIRECCIÓN DE LA SUCURSAL DE ESPAÑA:
Calle de Alcalá, 28 (esp.). - MADRID.

OFICINAS: BARCELONA: Rambla del Centro, 6
FICHALES: 7 MALASA: Calle del Marqués de Larios, 4.
DIRECTORES DE LA SUCURSAL:
Sr. D. José Alegre y Sr. D. Guillermo E. Dunn.

Activa en 31 de Diciembre de 1892	Premio 125,305,150,62
Fondo de Seguros sobre la vida y de Fincas vitales	" 123,330,176,97
Seguros por primas, rentas, inversiones, etc. durante el año financiero de 1892	" 22,840,056,35

PRINCIPALES OPERACIONES DE LA COMPAÑIA: Seguros para caso de muerte y para casos de vida & invalidez, sin o con participación en el 20 por 100 de los beneficios. — Seguros con capitalización de los beneficios. — Fincas de dotaciones para Maestros (aplicadas a la redención del Servicio militar y a Dotación matrimonial). — Pólizas para Mortales y Militares de profesión, cubriendo en todo lo tiempo al riesgo de guerra y al de clima, en cualquiera parte del mundo. — Pólizas incorporadas para garantía suplementaria de débitos, préstamos y operaciones comerciales. — Rentas vitales, incertidumbres y diferencias.

GRAN FÁBRICA DE LUNAS
DEPÓSITO DE CRISTALES
FRANCESSES
G. PEREANTON
Cuesta de S. Domingo, 1
MADRID.

MAURICIO · BING ·

7 Preciados 7
MADRID.
MÁQUINAS DE COSER
A PLAZOS Y AL CONTADO.
GRANDES ALMACENES EN LA
Plaza de Santa Ana nº 1
esquina a la C. Gorguera.
CAMAS, MUEBLES, TAPIZERÍA DE TOUTA CLASE.
SUCURSALES
Fuencarral 102 = Atocha 127.

OLD BRANDY
JIMENEZ & LAMOTHE
MÁLAGA y MANZANARES

PILDORAS FERRUGINOSAS HONCHELL
Compuestas de óxido de hierro fino, glibina y manganeso.

Curan la Anemia, Clorosis y Cloroanemia.
El óxido de hierro excita la actividad de los órganos productores de los glóbulos rojos, y la manganeso, por la cantidad de oxígeno que contiene, enriquece la sangre, colocándola en condiciones de asimilarse los glóbulos rojos que en sí lleva la emoglobina.
En pocos días desaparecen la dispepsia, dolores de cabeza, palpitaciones del corazón, cansancio, irregularidad de las reglas y la descoloración de la piel y de la orina, síntomas principales de la anemia, clorosis y cloroanemia.

NOTA: Condicioneles favorables a los Agentes antiguos que trabajan con ésto.

PRECIO: 4 PESETAS

LA ESPAÑA
FÁBRICA MODELO DE CHOCOLATES

LA ESPAÑA
CHOCOLATES
CAFÉS
THÉS
SALA ESPAÑA

CURA KROMWER

La Cura Kromwer constituye la joya más preciosa de la terapéutica moderna.
Los catarros crónicos del pecho y de la laringe ceden fácilmente bajo la acción de este medicamento.
La tisis en su primer y segundo período se cura indudablemente con la Cura Kromwer, única fórmula racional y científica, cuyos resultados se han comprobado por las primeras eminentes del mundo a la cabecera del enfermo en las clínicas de los hospitales de Alemania, Inglaterra y Francia.
Sus efectos se notan a los pocos días de usar la medicina, suaviza la garganta, haciendo más fácil la expectoración, desaparece el cansancio, disminuye la fiebre y progresivamente ceden los dolores que tanto debilitan al enfermo.

Se vende en las principales farmacias al precio de 20 pesetas.
Depositario: Melchor García, Capellanes 1 - MADRID.

DUQUESA LAUREANA
PARA SER Elegante
VERSIÓN CASTELLANA
1905
DÉCOR DE ORO.
SEGUNDA PARTE
PARA SER ANADA
LA ETIQUETA ESPECTACULAR
Calle Salamanca, 10. Madrid. Precio 250 pts.

LA MALLORQUINA
PASTELERIA REPOSTERIA CHARCUTERIE
SALÓN PARA CHOCOLATES, PASTELES
Fiambreras, Consommes y Helados
Cervezas Vinos y Licores (1º marcas)
PUERTA DEL SOL 8 y JACOMETREZO 10 y 12
MADRID.
Casa en S. Sebastián, plaza de Guipúzcoa.

AGUAS DE CARABAÑA

MODAS PARA SEÑORAS Y NIÑOS
ULTIMOS MODELOS
CORTE ESMERADO
especialidad en cuerpos difíciles, reformas y composturas
creaciones para señoras
estilo actual, buenas costuras y precios razonables
QUINTANA, 223º Dcha
(Barrio Argüelles)